



LA CAIDA DEL IMPERIO ROMANO

Occidente asediado

La división del Imperio en dos mitades, a la muerte de Teodosio, no puso fin a los problemas, sobre todo en la parte occidental. Burgundios, Alanos, Suevos y Vándalos campaban a sus anchas por el Imperio y llegaron hasta Hispania y el Norte de África.

Los dominios occidentales de Roma quedaron reducidos a Italia y una estrecha franja al sur de la Galia. Los sucesores de Honorio fueron monarcas títeres, niños manejados a su antojo por los fuertes generales bárbaros, los únicos capaces de controlar a las tropas, formadas ya mayoritariamente por extranjeros.

El año 402, los godos invadieron Italia, y obligaron a los emperadores a trasladarse a **Rávena**, rodeada de pantanos y más segura que Roma y Milán. Mientras el emperador permanecía, impotente, recluido en esta ciudad portuaria del norte, contemplando cómo su imperio se desmoronaba, los godos saqueaban y quemaban las ciudades de Italia a su antojo.

El saqueo de Roma

En el 410 las tropas de **Alarico** asaltaron Roma. Durante tres días terribles los bárbaros saquearon la ciudad, profanaron sus iglesias, asaltaron sus edificios y robaron sus tesoros.

La noticia, que alcanzó pronto todos los rincones del Imperio, sumió a la población en la tristeza y el pánico. Con el asalto a la antigua capital se perdía también cualquier esperanza de resucitar el Imperio, que ahora se revelaba abocado inevitablemente a su destrucción.

Los cristianos, que habían llegado a identificarse con el Imperio que tanto los había perseguido en el pasado, vieron en su caída una señal cierta del fin del mundo, y muchos comenzaron a vender sus posesiones y abandonar sus tareas.

San Agustín, obispo de Hipona, obligado a salir al paso de estos sombríos presagios, escribió entonces *La Ciudad de Dios* para explicar a los cristianos que, aunque la caída de Roma era sin duda un suceso desgraciado, sólo significaba la pérdida de la Ciudad de los Hombres. La Ciudad de Dios, identificada con su Iglesia, sobreviviría para mostrar, también a los bárbaros, las enseñanzas de Cristo.

En el 452 los hunos, bajo el mandato de Atila, habían franqueado el norte de Italia y amenazaban de nuevo con arrasar roma. Éxito de la embajada de león magno

Fin del Imperio Romano de Occidente

Finalmente, el año 475 llegó al trono **Rómulo Augústulo**. Su pomposo nombre hacía referencia a Rómulo, el fundador de Roma, y a Augusto, el fundador del Imperio. Y sin embargo, nada había en el joven emperador que recordara a estos grandes hombres. Rómulo Augústulo fue un personaje insignificante, que aparece mencionado en todos los libros de Historia gracias al dudoso honor de ser el último emperador del Imperio Romano de Occidente. En efecto, sólo un año después de su acceso al trono fue depuesto por el general bárbaro **Odoacro**, que declaró vacante el trono de los antiguos césares.

Así, casi sin hacer ruido, cayó el Imperio Romano de Occidente, devorado por los bárbaros. El de Oriente sobreviviría durante mil años más, hasta que los turcos, el año 1453, derrocaron al último emperador bizantino. Con él terminaba el bimilenario dominio de los descendientes de Rómulo.



LA CONVERSION DE LOS PUEBLOS BÁRBAROS

La conversión de los bárbaros al cristianismo. La caída del Imperio romano de Occidente y la formación sobre el suelo de sus antiguas provincias de los reinos bárbaros constituye un fenómeno histórico de primordial importancia: es la hora que con más propiedad puede considerarse como la del nacimiento de Europa.

En Oriente, el Imperio romano perduró mil años más (V. BIZANCIO I). La Iglesia, íntimamente unida al poder imperial, vio crecer gradualmente la preponderancia de la Sede de Constantinopla elevada al rango patriarcal y cuyas relaciones con la Iglesia romana fueron, en ocasiones, difíciles (v. CONSTANTINOPLA III; FOCIO). El Patriarcado de Constantinopla jugó un importante papel en la conversión de pueblos eslavos, como los búlgaros y los serbios, y en la cristianización de Rusia. Fue notable la acción misionera que promovió, en la que descuellan figuras tan insignes como los santos Cirilo y Metodio (v.).

En Occidente, la situación era distinta, ya que las llamadas invasiones bárbaras afectaron de modo más inmediato a esta región y determinaron el asentamiento de masas populares germánicas en el antiguo territorio provincial, junto a las poblaciones románicas autóctonas. Estas poblaciones, en Italia, en las Galias, en Hispania, puede considerarse que profesaban en su gran mayoría el cristianismo católico, pese a la supervivencia de ciertas supersticiones y residuos paganos que la labor pastoral de la

Iglesia trataba pacientemente de desarraigar. La cristianización de los pueblos invasores fue en la mayoría de los casos un tránsito de la gentilidad a la fe católica, a través de una etapa intermedia de arrianismo (v.).

La actividad misionera de Úlfilas (v.) fue decisiva para la conversión de los godos al arrianismo, en los últimos años del s. Iv. En breve tiempo, el arrianismo logró una amplia difusión y pasó a ser la forma germánica del cristianismo de muchos pueblos invasores: visigodos (v.), ostrogodos (v.), vándalos (v.), suevos (v.), burgundios (v.), lombardos (v.), etc. En los reinos que estos pueblos hicieron surgir, existió un dualismo étnico y religioso a la vez: la mayoría de la población, de origen provincial romano, profesaba el catolicismo, mientras que la minoría germánica, a la que pertenecían los reyes y la casta militar dominante, eran de confesión arriana. Por eso, tuvo extraordinaria importancia para la historia religiosa de E. la conversión de un pueblo pagano, los francos (v.), que pasó directamente de la gentilidad al catolicismo. Su rey, Clodoveo (v.), recibió el bautismo en la Navidad de 497 ó 498, y vino a ser el primer monarca católico del Occidente europeo (V. FRANCIA VI). El principal reino arriano occidental, el visigodo de España, abrazó el catolicismo a fines del s. vi. Recaredo (v.) ocupó el trono en 587, dos años después se celebró el tercer Conc. de Toledo (v.), donde tuvo lugar la solemne recepción del pueblo visigodo en la Iglesia católica (v. ESPAÑA VIII, 1).

En el s. v, y mientras el cristianismo retrocedía en la antigua Britania romana a consecuencia de la invasión anglosajona, Irlanda se abrió al Evangelio (v. IRLANDA V). S. Patricio (m. 461; v.) fue el apóstol de Irlanda, la «Isla de los Santos». Las cristiandades célticas tuvieron una peculiar organización de tipo monasterial y se distinguieron por una marcada preocupación por la Moral, que cristalizó en los célebres «Libros Penitenciales». El cristianismo irlandés promovió una gran actividad misionera, que penetró hasta el corazón del continente europeo (V. MONJES IRLANDESES). Por otra parte, el Papa S. Gregorio Magno (590-604; v.) decidió emprender la cristianización de los anglosajones, que ocupaban la mayor parte de Gran Bretaña. S. Agustín de Canterbury (v.) desembarcó en Kent el año 597, logró la conversión del rey Etelberto y otros importantes éxitos y fue constituido por el Papa primado de Inglaterra. A su muerte, la empresa sufrió contratiempos y dilaciones; pero en la segunda mitad del s. vli, Roma envió a Inglaterra un nuevo primado, Teodoro de Tarso (v.), que llevó a feliz término la empresa iniciada por Agustín y organizó definitivamente la Iglesia de Inglaterra (V. GRAN BRETAÑA V).

En el s. vii, la casi totalidad de los pueblos que habitaban en las antiguas tierras románicas de la E. Occidental, habían abrazado el catolicismo. La cristianización en profundidad se realizaba por el desarrollo de la organización eclesiástica, por la labor de los Concilios provinciales y nacionales, y también por la fundación de monasterios, en los que se extendió la observancia de la Regla de S. Benito (m. 547; v.), el Padre de los monjes de Occidente (V. BENEDICTINOS). La acción misionera había de proyectarse en adelante, sobre los pueblos que permanecían más allá de las fronteras del antiguo Imperio romano. La evangelización de Germania (V. ALEMANIA VI) tuvo por protagonistas en el s. vii a monjes irlandeses y escoceses, como el famoso abad S. Columbano (v.). En el s. viii, la obra fue continuada por misioneros anglosajones entre

los que figuró S. Bonifacio (v.), el Apóstol de Alemania, que murió mártir en 747. A su muerte, un solo gran pueblo germánico, los sajones (v.), permanecía pagano: su conversión siguió a la larga lucha en la que Carlomagno sometió en 785 al pueblo sajón y a su jefe nacional Widukind.

El norte de E. tardó en recibir el Evangelio. La conversión de los países escandinavos (v. SUECIA V; NORUEGA V; DINAMARCA v), emprendida en el s. IX, se prolongó hasta finales del XI. Iniciada con la misión dirigida por el monje franco Anscario, la cristianización fue proseguida por los arzobispos de Hamburgo-Brema y sobre todo por obra de emigrantes vikingos que, tras de recibir la fe en Normandía o en el Danelaw inglés, la difundieron luego en su patria de origen. Fue lenta la desaparición de los residuos paganos en las costumbres, en la vida moral y en la literatura (v. ESCANDINAVIA III).

La Iglesia bizantina, como se dijo antes, evangelizó varios pueblos eslavos (v.). Otros pueblos fueron evangelizados por la Iglesia occidental, merced al impulso de Carlomagno y sus sucesores, y sobre todo de los emperadores germánicos. La entrada de los príncipes de aquellos pueblos en el vasallaje de los soberanos alemanes fue de ordinario el principio de la cristianización: así ocurrió con los bohemios y los polacos en el s. X (v. CHECOSLOVAQUIA V; POLONIA v). Los magiares, pueblo mongol que devastaba el centro de E., fueron vencidos por Otón I en 955. El duque Geisa recibió el bautismo y su hijo S. Esteban I (v.), fue el fundador del reino católico de Hungría (v. HUNGRÍA v). E. cristiana fue así una realidad a finales del s. XI. En esta hora, todos los pueblos europeos (románicos, germanos y eslavos) formaban parte de la Iglesia.

(Fuente: José Orlandis "Historia de la Iglesia Antigua")